

FIN Y PRINCIPIO

I

El día ha amanecido gris, plomizo. Conforme avanza la mañana el calor húmedo, agobiante, aumenta y se hace espeso, insoportable, como en las narraciones de García Márquez. Y pese a que el clima invita al refugio y la inactividad, hasta la Residencia llegan, lejanos y difusos, ruidos de explosiones, intermitentes ráfagas de metralletas, apagados gritos...

El Ujier, después de arreglar la mesa del despacho y colocar en orden algunos libros de las estanterías, se acerca hasta el amplio ventanal, descubre un poco las pesadas cortinas y observa. El edificio está protegido por tanques y numerosos soldados, que forman una amplia barrera. Hace un gesto, entre dubitativo y preocupado, y se dirige hacia la puerta con paso lento. Se detiene y escucha con atención. Su pelo blanco y escaso, su rostro surcado de arrugas, sus movimientos poco ágiles, denotan avanzada edad. Pero nada destaca en él de forma especial. Es uno de esos seres difíciles de recordar, tal vez por su fisonomía vulgar o porque pasan sigilosos y anónimos, sin desear atraer la atención.

La puerta se abre con violencia y aparece el General Rodríguez, bigotudo, rechoncho, sudoroso, quizá agobiado por el peso de las condecoraciones. Pregunta con tronante voz:

GENERAL RODRÍGUEZ.- ¿Y el Presidente?

UJIER.- Está en sus habitaciones privadas.

GENERAL RODRÍGUEZ.- ¡Avísele!

El Ujier se inclina y sale. El General, en tanto se limpia el sudor con el pañuelo, pasea nervioso y agitado, dando grandes zancadas, por el despacho. De vez en cuando se asoma al ventanal y habla solo.

GENERAL.- ¡Maldita sea! ¡Si esto era de esperar!

Y vuelve a cruzar la sala, pisando fuerte con sus recias botas el blanco mármol de Carrara, como si quisiera pulverizarlo. Regresa el Ujier y anuncia:

UJIER.- El señor Presidente.

El General se detiene como un autómatas y se cuadra. El Presidente entra serio. Responde al saludo con un leve gesto. Es de baja estatura, grueso, de abundante bigote, ojos turbios, mirada esquiva y duras facciones.

PRESIDENTE.- ¿Qué ocurre?

GENERAL.- Todo se ha perdido. Es necesario que huya antes de que sea demasiado tarde.

PRESIDENTE.- Pero... ¿Y el General Buendía? Me aseguró que el foco rebelde lo sometería con rapidez.

GENERAL.- El General Buendía se ha unido a ellos.

PRESIDENTE.- ¡Traidor!

GENERAL.- Más bien práctico. Los Coroneles controlan ya todos los destacamentos. Era imposible hacer nada. Las fuerzas aéreas y las navales también se han sumado a los revoltosos. El pueblo, enloquecido y enfervorizado, se ha echado a la calle con el líder de la oposición.

PRESIDENTE.- Pero si el Ministro del Interior los había desarticulado...

GENERAL.- Pues mintió. Y si no mintió, es que yo tenía razón y es un imbécil.

PRESIDENTE.- ¿No estará exagerando la situación?

GENERAL.- La realidad escueta y contundente es ésta: Debe huir. Tengo preparado un avión, pronto a despegar, para salir del país. Recoja lo importante y le trasladaré al aeropuerto en helicóptero. Apenas tenemos unas cuatro horas. Más tiempo resulta imposible resistir.

PRESIDENTE.- ¡No puedo creerlo! ¿Dónde están mis seguidores, aquellas multitudes que me aplaudían y lloraban al escuchar mis discursos?

GENERAL.- La gente cambia. He ordenado que empaqueten la documentación reservada y sus objetos personales de valor.

PRESIDENTE.- Pero...

GENERAL.- No existe solución. Por cierto, lo que no he encontrado son las claves de las cuentas en Suiza.

PRESIDENTE.- Las guardo yo.

GENERAL.- Pues déme la mía.

PRESIDENTE.- No... cuando haya salido del país.

GENERAL.- ¿No se fía de mí? Soy el único que le defiende.

PRESIDENTE.- Porque le interesa. ¿Qué piensa hacer? ¿Cuál es su plan? Descubramos las jugadas.

GENERAL.- Está bien. Cuando usted haya escapado, yo fingiré perseguirle y unirme a la rebelión. Después, pasado un tiempo, pediré el retiro y a vivir tranquilo.

PRESIDENTE.- ¿De veras?

GENERAL.- Es lo más acertado. Si me voy con usted, es posible que nos persigan o pidan la extradición. Saldrían a la luz muchas cosas. De esta forma puedo evitarlo.

PRESIDENTE.- Lo que puede descubrirse es cuanto os habéis aprovechado todos. He sido tan ingenuo que os he dejado actuar sin control. ¡Y así me luce...!

GENERAL.- ¡Bien que le convenía a usted nuestras acciones!

PRESIDENTE.- Pero actuabais de forma insaciable. Y cuando me di cuenta, ¡que casualidad! se produce la rebelión. Volveréis, ahora, a ser los héroes liberadores, después de haberos beneficiado de la situación.

GENERAL.- No es hora de discutir, ni de imputar culpas. Actuemos.

PRESIDENTE.- De acuerdo. Prepárelo todo.

El general Rodríguez marcha apresurado. Los secos golpes de sus pisadas se van perdiendo por los pasillos. El Presidente permanece en pie, pensativo. Se siente cansado, deprimido. Abre algunos cajones y va colocando sobre la enorme y finamente tallada mesa del despacho, algunos documentos, tras examinarlos distraído. Pulsa un timbre y, poco después, aparece correcto, ceremonioso, el Ujier.

UJIER.- ¿Desea algo el señor Presidente?

PRESIDENTE.- Sí. Recoja y empaquete cuanto hay sobre la mesa.

UJIER.- Lo que ordene.

El Presidente mira con atención al Ujier, como si nunca lo hubiera visto.

PRESIDENTE.- ¡Resulta curioso! Lleva junto a mí quince años y hasta ahora no me he fijado en usted. Ni siquiera recuerdo como se llama.

UJIER.- No tiene importancia, señor.

PRESIDENTE.- Y, sin embargo, usted se encuentra ahí, como siempre, en su sitio...

Acodado sobre la mesa, apoya las mejillas en las manos. Sus ojos, fríos

y acerados, que a tantos habían hecho temblar, vagan sin ver por las lujosas paredes, decoradas con bellos cuadros y ricos tapices. El Ujier, como una pieza más, permanece inmóvil.

PRESIDENTE.- (Como para sí, aunque animado y, en cierta forma, estimulado por la presencia del servidor.) El tiempo nos reserva extrañas y desagradables sorpresas... Como la de ser traicionado, vendido y perseguido por quienes ayudé, elevé y enriquecí. Parece como si cada favor otorgado, en lugar de producir agradecimiento, fuera semilla de ponzoña y de odio... Apenas ayer, en mi derredor, había una multitud de adeptos incondicionales, de amigos "entrañables", dispuestos a todo sacrificio y deseosos de ver en mis labios una sonrisa amable o un gesto de agrado... Y muchos se sentían satisfechos y realizados - como se dice ahora - con solo figurar en lugar destacado y próximo al gran Presidente... ¡Que ironía! Hoy son feroces enemigos del vituperado tirano, defensores de la libertad, salvadores del pueblo explotado y oprimido... Y la cuestión es que esas palabras me suenan... (Sonríe enigmático) Me parece haber retrocedido en el tiempo, estar viviendo quince años atrás... Sólo que en el otro lado... Y ese pueblo, que todos pretendemos salvar, sin consultarle siquiera si desea ser salvado, a fuerza de tanto prometerle, acaba sugestionado, y se une a los gritos, y se lanza a la lucha, y muere despedazado por las bombas o agujereado por los disparos, contento de su heroísmo... ¿Entiende usted algo?.

El Ujier calla y mueve negativamente la cabeza.

PRESIDENTE.- Hace quince años yo estaba en la oposición, en contra del sistema. Y le confieso que tenía un honesto y sincero propósito de arreglar el país, de impartir justicia, de ayudar a los débiles. Mas algo demoníaco debe existir en el poder que tuerce las intenciones y desvía la acción. Primero fue compensar, de algún modo, a los que me ayudaron; después asegurar y afirmar las riendas y el control, sobornando y atrayendo con concesiones a posibles disidentes u opositores; más tarde organizar el aparato represivo que evitara un involución con lucha clandestina, tal como nosotros lo habíamos hecho, pues para algo sirve la experiencia... Y ahora que se daban las condiciones para realizar el programa, para levantar la patria, todo se viene abajo repentina y estrepitosamente...

El Ujier continúa firme, hierático, escuchando las palabras del Presidente. Este se levanta y pasea durante unos minutos. Desde el exterior llegan ruidos de disparos, zumbidos de aviones...

PRESIDENTE.- Cierto que, en ocasiones, he tenido que actuar con firmeza, quizá con crueldad, sin reparar sobre quien descargaba los golpes: es el precio de la revolución... También es verdad que he consentido algunos abusos: es el coste de una colaboración indiscutida y ciega, necesaria para conseguir los

fines políticos... Pero todo ello era preciso, indeclinable... ¿Dónde he fallado?...

Junto al ventanal se detiene y observa. En un silencio subrayado por los atenuados ruidos que se filtran de la calle, queda quieto, indeciso. En su rostro, enérgico y duro, se dibuja una expresión de impotencia, mezcla de tristeza y cólera. Volviéndose hacia el Ujier, continúa:

PRESIDENTE.- ¿Y qué me dice de ese pueblo que me adoraba? Las multitudes me seguían y vitoreaban, alargaban sus manos para tocarme, lloraban emocionadas, identificadas conmigo... Tú, que también eres pueblo, ¿entiendes este cambio?

UJIER.- La gente, señor, es veleidosa y siempre la arrastra el triunfador.

PRESIDENTE.- La gente es estúpida: se deja embaucar por bellas palabras y vanas promesas; le seducen los sueños y no las realidades.

UJIER.- Las realidades las sufre y se consuela con los sueños.

PRESIDENTE.- (Sin escucharlo) Yo estaba a punto de hacer de éste un país progresista, moderno y avanzado. Y no me han dado tiempo. Las cosas no son tan fáciles como creen los ignorantes; tienen que madurar con lentitud y requieren sacrificios... No me cabe en la cabeza cómo se puede variar de manera tan rápida y radical.

UJIER.- Tal vez, señor, no haya sido tan repentina.

PRESIDENTE.- ¡Imposible! Mis servicios de información nunca han denunciado ningún movimiento de oposición, ningún malestar... Salvo que lo hayan llamado o no se atrevieran... Posiblemente ha habido ineficacia e incompetencia en mis colaboradores, más preocupados por mantener sus posiciones que por solucionar los problemas. Sí..., eso ha ocurrido. Y yo sin enterarme, rodeado de hipócritas aduladores, de arribistas sin escrúpulos, sumido en una dorada e impenetrable soledad, mientras ellos medraban desprestigiando mi imagen. ¡Qué desengaño...! ¿Dónde están, ahora, mis amigos? Todos han desertado, todos me han vuelto las espaldas. Vale más un enemigo leal que mil amigos oportunistas.

UJIER.- El General Rodríguez...

PRESIDENTE.- El sólo busca salvar lo acumulado en tantos años de manipulación. Pero la culpa es mía. Yo, por precaución, tenía que considerar la posibilidad de una situación como ésta y asegurarme la salida... Parecía lógica alguna previsión económica... Pero ellos han sido rapaces e insaciables. Pero no es ocasión de lamentaciones. Recoja todo esto.

El Ujier amontona los documentos, hace un paquete y sale.

PRESIDENTE.- He cometido muchos errores, no cabe duda. No debí confiar en nadie. Entre todos me han hundido. Sus votos de adhesión, eran una

farsa; sus colaboraciones, un engaño; sus preocupaciones y esfuerzos, pura falacia... Nunca han buscado nada fuera del propio y ruin interés.

Con la cabeza baja, hundido por el peso de las tribulaciones, pasea desganado y vacilante. La luz mortecina del día, cálido y grisáceo, presta un tono fatalista al dramatismo de la situación. Se detiene, de nuevo, junto al ventanal y reanuda el monólogo.

PRESIDENTE.- ¡Malditos! ¡Taimados! Me distraían con agasajos y cacerías; me ofrecían bellas piezas femeninas; me deslumbraban con multitudinarias concentraciones organizadas...¿Y las mujeres? ¿Dónde se hallan, hoy, aquéllas que se me brindaban lujuriosas? ¿Las seducía yo o era el brillo del poder?... ¡Todo mentira! ¡Todo falsedad!...Me han abandonado para unirse al otro! Mi peor deseo, al odiado vencedor, es que proliferen junto a él tantos buenos y nuevos amigos como surgieron cuando yo triunfé. ¡Irás derecho al infierno!

En este momento llega, agitado y asmático, el General Rodríguez, que sin ningún anuncio ni cortesía, interrumpe su meditación.

GENERAL.- ¡Rápido! Las cosas se han precipitado. Debe salir inmediatamente. Un helicóptero aguarda en el jardín.

PRESIDENTE.- *(Entre dudoso y asustado)* Pero...

GENERAL.- El tiempo urge, si quiere escapar.

PRESIDENTE.- ¡Vamos!

II

El Ujier, que ha cambiado su lujosa librea roja, bordada en oro, por un sencillo uniforme gris, arregla la estantería y pone orden en la mesa del despacho. Inspecciona meticulosa y parsimoniosamente todo. Se fija en el retrato del Presidente -obra de un famoso pintor-, que continúa aún en una de las paredes. Lo descuelga y sale con él. En breves minutos regresa con otro del nuevo líder, que sitúa en el mismo lugar. Lo observa atento y hace un gesto indefinible.

De la calle llega tumultuoso clamor de multitud vitoreante. Suena, con desafinadas y discordantes notas, improvisada charanga. Aplausos y vivas estentóreos. Del pasillo, finalmente, se pueden escuchar los enérgicos pasos de un grupo numeroso que se acerca. El Ujier va hacia la puerta y abre. Entra el líder, seguido de una cohorte de Generales -Rodríguez entre ellos-, guerrilleros barbudos y comparsa variopinta y abigarrada.

GENERAL RODRÍGUEZ.- Señor: he aquí su despacho. El será cerebro, centro nervioso, desde el que vuestros leales colaboradores recibiremos las órdenes y consignas para cambiar el país, elevándolo a las más altas cotas de modernidad, libertad y bienestar, bajo su dirección.

El líder, -hombre de mediana edad-, curtido por el sol y el aire, de aspecto vulgar, aunque con la osadía del que se siente triunfador-, mira curioso la estancia.

LÍDER.- Compañeros: Aquí me tendréis siempre. Hay mucho que hacer y no podemos perder un segundo. Primero reconstruiremos lo destruido, orga-

nizaremos las instituciones, reconvertiremos a los enemigos y disidentes, si se prestan a abjurar de sus errores, o los neutralizaremos... Y, por fin, daremos una Constitución que garantice los derechos ciudadanos.

GENERAL RODRÍGUEZ.- Entre tanto, señor, las fuerzas armadas, junto con el partido, le elegimos Presidente de ésta gran nación.

Todos aplauden frenéticos y abrazan al nuevo Presidente. Luego, después de un informal cambio de impresiones, frases halagadoras y muestras de satisfacción, se despiden y estrechan su mano, con exagerado respeto y veneración.

Quedan solos el Líder y el Ujier, que se ha mantenido junto a la puerta, ajeno a la escena desarrollada. El Líder se sienta en el sillón, casi hipnotizado; pasa suavemente sus manos, como acariciándola, sobre la brillante superficie de la mesa. Siente como un estremecimiento agradable. Sonríe y, al levantar la cabeza, tropieza con la mirada del Ujier. Entonces se dirige a él.

LÍDER.- ¡Alégrate! ¡Ya estás liberado!

UJIER.- Gracias, señor.

LÍDER.- A tí, que eres pueblo, pueblo humilde y sencillo, te ha llegado la hora. Aquí está tu Presidente, el Presidente de todos, sin discriminaciones. Yo soy tu representación y la de cuantos han trabajado, sufrido y llorado bajo la bofa tirana del dictador derrocado. Yo te encarno a tí y a todos los ciudadanos de este esquilado país. Solo por eso, porque soy vuestra esencia -todos vosotros concentrados en mí-. me debes respeto y sumisión... Por lo demás somos compañeros.

UJIER.- Sí, señor.

LÍDER.- Voy a cambiarlo todo.

UJIER.- Sí, señor... He dispuesto el baño para el señor Presidente. Le relajará y tranquilizará.

LÍDER.- Muy acertado. Me gusta tu iniciativa. Tenía necesidad de descanso, después de tanta agitación.

UJIER.- Como siempre...

LÍDER.- (Sin notar la ironía) ¡Como siempre! También me agrada el detalle de colocar ahí mi retrato... Te recompensaré... Ya hablaremos.

Marcha el Líder, siguiendo al Ujier, que le va indicando el camino. Pasados unos minutos, regresa el Ujier, corre las cortinas, lo repasa todo y se detiene ante el retrato recién colocado. Lo mira con fijeza, mientras en sus labios se dibuja una imperceptible sonrisa, que bien puede ser de escepticismo, de socarronería o de aceptación de algo inevitable y sin remedio. Con voz apagada, comenta:

UJIER.- Por mi edad, no seré yo quien coloque el retrato del próximo liberador.

Suspira, se encoge de hombros y despacio, tranquilo, se retira, cerrando la puerta.

De la calle llegan, otra vez, vítores, aplausos, cánticos de un gentío tal vez ebrio de satisfacción y esperanza, complementadas con ginebra adulterada o de baja calidad.